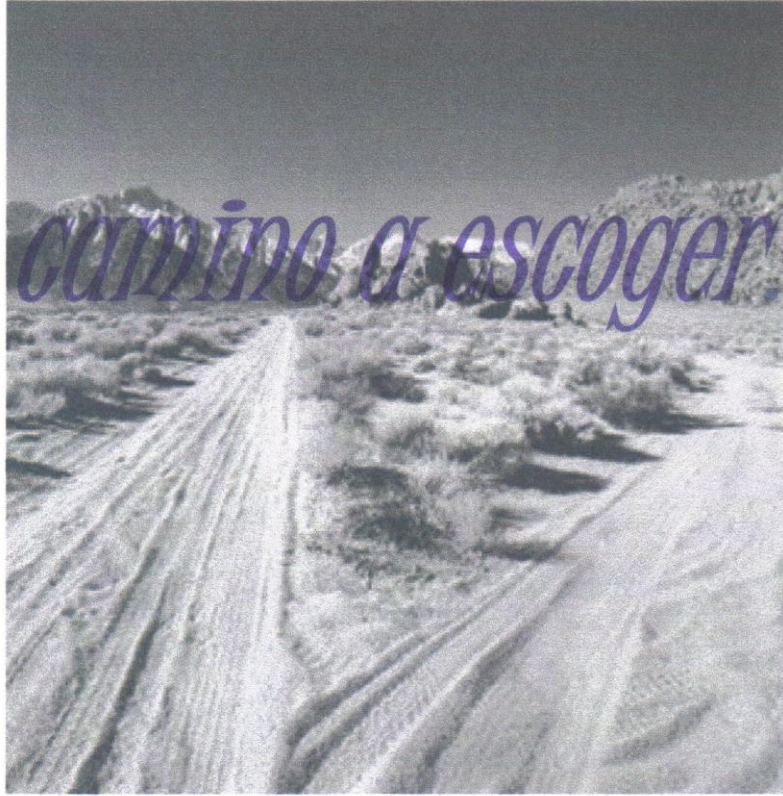


Un camino a escoger..



Teresa Muñoz Bandera

“Más vale morir feliz, que vivir mil veces triste.”
Teresa Muñoz Bandera.

INTRODUCCIÓN

-Shh que viene la profe.

Y de repente todo el mundo corría a sentarse en sus correspondientes pupitres. A continuación se escuchaba el ruido de los tacones golpeando el suelo, y más tarde, el pomo de la puerta girar.

- Buenos días señorita Stephanie- decían todos al unísono como si de un coro se tratase.

Después de dejar los libros encima de aquella majestuosa mesa, Stephanie comenzó a explicar todo aquello que ayer no pudimos dar. Ahora tan sólo era cuestión de esperar a que esa lenta manecilla del reloj marcara las diez en punto, mientras, me limitaba a pasear por mi mente, cruzándome con recuerdos e imágenes que alguna vez debieron ocurrir en mi vida.

De vez en cuando podía escuchar suaves risitas, ligadas con alguna que otra bronca, con las que detrás se extinguía un silencio perturbador.

Yo me situaba al lado de Javier, un niño por el que todas las chicas del internado estaban coladitas. Era rubio y de ojos azules, mas su nariz picuda le afeaba ese angelical rostro. Tenía un cuerpo deportista del que presumía a cada instante.

Pero era tanto el odio y la tirria que le tenía que procuraba no alzar la vista más de lo estrictamente necesario. Así pues me limitaba a asentir alguna que otra vez como muestra de mi entendimiento.

Al terminar la clase, cogí los libros y comencé a subir las escaleras de dos en dos. Quería ir a mi habitación y poner uno de esos discos de Mägo de Oz y dejarme envolver por aquella magia musical, pero ni tan siquiera pude terminar de subir el último escalón, ya que una niña, un tanto tímida, me lo impedía.

- Por favor, ¿ puedo pasar? - la pregunté con cierto tono de amabilidad.
- Sí, claro, adelante.

No pude evitar distinguir aquella inexpresividad de sus palabras, la tristeza de su tono, la melancolía de su mirada.

Seguí caminando, quería quitármela de la cabeza, pero no sabía cómo.

CAPÍTULO 1

- “Alza tu cerveza, brinda por la libertad, bebe y vente, ¡el infierno es este bar!”

Acomodado en mi sillón escuchaba una de mis versiones favoritas de Mägo de Oz, *fiesta pagana*. Casi siempre, por no decir siempre, solía levantarme la moral y evitar que me sumergiera en aquel pozo que dejó de llenarse años atrás. Y de recordar los buenos momentos que durante segundos rasparon mi felicidad, porque ahora me sentía solo y sin nadie a quien querer ni a quien amar. Aquí estaba mi vida atrapada bajo estas cuatro paredes, toda la tristeza mezclada con la ya finita felicidad.

Sabía que dentro de veinte minutos tenía que bajar, porque era la cena y todo el mundo debía de acudir. La verdad es que yo hubiera preferido tumbarme en la cama a invocar imágenes de todas aquellas personas que tal vez me llegaron a amar y a reflexionar, quizás durante horas, sobre qué era la vida.

- Álvaro, tienes que bajar te estamos esperando todos, venga vístete deprisa.

Era Margarita, la encargada de la limpieza, una persona con una gran bonanza. Solía avisarme siempre, pues aunque no era el último, llegaba con retraso.

Allí me esperaban todos, sentados en aquella gran y ovalada mesa, que acogía a unas quinientas personas.

- Siéntate aquí, Álvaro- me dijo Marga.

Y tendiéndome la silla me acomodé. Al girarme para coger mi servilleta observé cómo desde el fondo me miraba, sin quitarme el ojo de encima, aquella niña que me había encontrado la vez anterior. Posaba contra la pared con un aspecto demacrado y cansado, ojos ojerosos y perdidos en busca de un punto, que quizás, fuese inexistente para los demás.

Ni siquiera presté atención a la sirvienta, ni al cazo lleno de sopa que, más tarde, cayó sobre la ropa de Javier.

- Perdona, es que estaba mirando allí...- señalé con el dedo. Pero para mi sorpresa la muchacha había desaparecido.
- A ver si tenemos un poco de cuidado, tío. Que seas un patoso no es culpa de los demás.- Me dijo el muy...
- Álvaro- gritó la directora- ¡a tu cuarto, ahora!

Tal fue el grito que emitió que de estar a su lado me hubiera quedado sordo. En fin me daba igual que me castigasen o no, yo ya andaba perdido en mis pensamientos tratando de recomponer cada una de las piezas del aquel rompecabezas.

Subí las escaleras, esperando encontrarme de nuevo con aquella chica. Pero no ocurrió nada, tal vez, ya se había marchado. Sin embargo me equivoqué, como lo había echo toda mi vida, porque al abrir la chirriante puerta la encontré sentada en mi cama.

- ¿Cómo has logrado entrar si la puerta estaba cerrada?

Pero no me contestó. Todo esto era tan extraño, fruto de algún sueño o algo por el estilo. No obstante, decidí hablar con ella, quería conocerla, preguntarla, pues la curiosidad emanaba de mi interior cual volcán escupe la lava.

- ¿Cuál es tu nombre?- la pregunté esperando ninguna contestación
- Gema, Gema Meller y ¿el tuyo?
- Álvaro.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, sin saber qué decir ni qué hacer, quería separar aquel silencio sobrecogedor de nuestro lado, pero no encontraba el momento. Me había quedado atrapado bajo su mirada, sentía el fluir de la sangre por mis venas, el latido del corazón martilleando mi pecho y la irregular respiración, fruto de la incomodidad y la impaciencia.

Y sin embargo fue ella la que se acercó a mí, susurrándome palabras inaudibles, llenas de sufrimiento y de esperanza. Pero no lograba comprenderlas, por mucho que lo intentara.

Tan sólo un simple y leve pestañeo fue suficiente para que desapareciera, para que mi corazón se silenciara y que la sangre dejara de circular para congelarse en mis venas. Una brisa llena de perfume a rosas invadió mi habitación acompañando, tal vez, un adiós.

CAPÍTULO 2

Abrí los ojos y me encontré con su rostro recostado sobre la almohada. Me levanté sobresaltado y al mirarla hallé una pequeña sonrisa en las comisuras de sus labios. El corazón comenzó a palpitarme. Hoy no quería ir a clase, tan sólo con mirarla me bastaría, sentir su aroma y sus ojos brillar. Quería que el tiempo se congelase que estuviera eternamente a mi lado, escuchando su palpitir y sus palabras salir de sus labios.

Y también tocarla y besarla, quererla y que me quisiera, que nos amáramos como nunca antes nadie lo había hecho, pero era demasiado y me tendría que conformar con observarla aunque fuera sólo hasta la muerte.

Así pues intenté tocarla, pero como si fuese un monstruo rehusó mi mano, esquivándola, entonces aquella sonrisa se borró y se convirtió en sufrimiento, aquel brillo de sus ojos desapareció hundiéndose en un pozo, y más tarde ella se esfumó sin tan siquiera decirme un adiós, se esfumó como si de un sueño se tratase.

Pensé que estaba escondida en algún lugar de mi habitación, que todo aquello había sido un simple truco de magia, pues la gente no puede desaparecer así como así.

Entonces Marga se apresuró a llamar a la puerta, como señal de último aviso.

- Ya voy, ya voy- la respondí mientras me vestía a toda velocidad.

Ya sólo quedaba una semana para acabar el curso 2008-2009 y la verdad, es que se agradecía el poder salir al jardín y tumbarte en la hierba a esperar que los rayos del sol jugasen con las tonalidades de tu piel, escuchar el dulce piar de las golondrinas mientras sientes el aroma de miles de flores acompañadas del zumbido de las abejas y oír a la lejanía las voces de los más afortunados que tenían una nueva familia a la que querer.

Bajé rápidamente la angosta escalera en forma de caracol, sorteando las personas que se dirigían en dirección contraria. Llegaba tarde al examen de física y, aunque no hubiese estudiado, ese no era, por ahora, mi mayor problema.

Cuando llegué a clase hice tripas de corazón para golpear la rugosa y vieja puerta, mientras, pensaba en qué excusa plantearle a la señorita Elsa, pues ella no admite la impuntualidad.

- Hombre, Álvaro, ¡qué alegría!, te estábamos esperando- tragué saliva- fíjate si llegas cinco minutos tarde, qué curioso oye, ¿verdad?
- Sí – respondí demasiado bajo para ser oído.
- ¿Y sabes lo que pasa cuando llegas cinco minutos tarde?
- Sí- volví a responder con un hilo de voz.
- Bueno pues si eres tan amable, ¿permities que tus compañeros continúen con el examen?

Asintiendo con la cabeza, volví a cerrar la puerta, estaba claro que a Elsa le daba igual quién fuera el que llegara tarde, con tal de echarle la bronca...En fin, que ya estaba suspenso y aunque lo hubiese intentado hacer, a lo mejor no habría aprobado, los exámenes de física son de cuatro hojas. Así pues cogí aire y me di media vuelta para regresar por donde había venido.

Andaba por el pasillo como alma que lleva el diablo, mirando cada orla que decoraba la blanca pared, con todos los alumnos que, en algún momento, debieron graduarse en este internado.

Y de repente creí reconocer a alguien, me paré en frente de la orla y agudizando la vista observé a una niña de pelo ondulado, cara fina y ojos verdes en los que resaltaba la felicidad. En sus labios se dibujaba una curvada línea que indicaba alegría y entonces bajé la vista y leí: *Gema Meller, graduada en junio de 1878.*

CAPÍTULO 3

No me preguntes qué sentí, ni cómo reaccioné, porque cuando me levanté estaba rodeado de la directora y de un equipo de médicos que no paraban de tomarme la tensión.

- Álvaro, Álvaro, ¿puedes oírme?- preguntaba Eugenia sin cesar.
- Sí.
- Te has quedado inconsciente durante treinta minutos y no sabes el susto que nos has dado. Si no llega a ser porque la orla se cayó, no nos damos ni cuenta.

¿Qué la orla se cayó? Lo que me faltaba por oír, pero si ni siquiera la toqué cómo es que... Me paré en seco, una imagen cruzó mi mente y supe entonces quién había sido, sonreí para mis adentros, *gracias*, susurré.

Tras estar una semana en observación y darme, por fin, el alta, me dirigí a mi habitación en busca de información.

Nada más abrir la puerta, averigüé que Gema me esperaba allí, sentada en la cama, vestida con un blanco camisón ya ennegrecido por la suciedad. La miré fijamente esperando una explicación, pero ella no pareció reaccionar de ninguna manera. De modo que me apresuré y la pregunté con todo el pavor metido en mi cuerpo:

- Tú, tú... es...tás...esto...estás...mu...mu...muerta, ¿no?

Tan sólo me levantó la vista y adiviné en sus ojos todo la agonía que se puede expresar, una lágrima corría por su mejilla, deslizándose suavemente por el contorno de su fina cara. Y con un rápido movimiento escondió la cabeza bajo sus brazos, avergonzándose por lo sucedido. Sordos gemidos surgían de su corazón silenciados por el más eterno de los miedos, ahogados bajo ese pozo de tristeza.

No era capaz de alzar la vista lo suficiente como para mirarla, cobarde de mí que no supe consolarla. Su dolor era para mí la muerte, sentía cada punzada en mi corazón y cada imagen en mi cabeza. Parecía estar en su mente, que los dos éramos una misma persona. Me sentía más muerto que vivo.

Me acerqué a ella, murmurando palabras inexpresivas, palabras tristes y melancólicas. Quería calmarla, decirla que no pasaba nada, que ella era todo para mí, que su amor era mi vida y que no se avergonzara. Y lo único que conseguí fue sentarme a su lado, oyéndola llorar en silencio.

Estiré la mano intentando deslizarla por su sedoso pelo, pero no pude tocarla, sólo rocé el viento, traspasando su imagen. Ahora entendía su sufrimiento, lo comprendía como si fuese mío. Acerqué mis labios a su oído y la susurré:

- No llores, estoy aquí, no sufras, piensa en mí. Te quiero y no me importa que estés muerta, porque siempre me tendrás a tu lado.

La tataré una de mis nanas favoritas.

Nos quedamos dormidos, o, mejor dicho, me quedé dormido. Y fue el despertar y ver su rostro en mi pecho, la sonreí y me devolvió la sonrisa. Parecía estar feliz o casi feliz, porque aún había huellas de tristeza en su mirada.

La repetí *te quiero* y ella me respondió:

-Y yo a ti más.

Me reí, nos reímos. Entonces, me levanté y puse mi canción favorita de Mägo de Oz, y juntos la escuchamos, yo la tataréaba, ella me sonreía. No quería que este momento llegase a su fin, quería estar con ella eternamente, cada minuto, cada segundo y cada instante de felicidad.

Y así estuvimos semanas mirándonos, y riéndonos, y riéndonos y mirándonos.

Hasta que un día no la encontré al despertarme, palpé la almohada, pero no había rastro ni de ella ni de su aroma. Cómo si este momento no hubiese ocurrido jamás, como si ella nunca hubiera existido.

Lloré y lloré, porque para mí la vida no tenía sentido sin ella, preferiría morir que no vivir a su lado. Sentía el dolor en mi pecho, cada imagen, cada segundo, cada recuerdo, silenciado por el tiempo.

No era nada, no, sin ella, ¿qué era la vida sin amor?

Pensé y pensé en busca de alguna solución, pero no había nada qué hacer, ¿dónde podría buscarla? En el mundo de los muertos claro, pero ¿cómo?

Y de repente una idea atravesó mi mente.

CAPÍTULO 4

- Guillermo, ¿me puedes hacer unas fotocopias? Por favor.
- Sí, claro.
- Gracias.

Guillermo, el conserje del internado, era un hombre muy alto y delgado, que llegaba al metro ochenta sin dificultad. Tenía el pelo moreno, ojos negros como el azabache y una barbilla que le sobresalía exageradamente de su huesuda cara.

Era un buen hombre, con mucho carácter, pero muy risueño. Solía vestir con traje negro a juego con una corbata azul, que le regaló su mujer cuando se casaron.

Cogí el celo y comencé a decorar la pared con panfletos. Tenía pensado hacer una fiesta anticipada de fin de curso, en dónde me hacía responsable de recoger todos los desperdicios cuando esta terminase.

Desfilando de uno en uno la gente no tardó tiempo en ponerse alrededor de cada papelito, parecían alabar a un dios y así entre risas y murmulos la noticia fue extendiéndose.

Confiaba en que mi idea iba a funcionar, es más, estaba convencido. Haría lo posible por salvarla, por tenerla a mi lado y volver a sentir su aroma. Era para mí una droga, de la que nunca lograría desengancharme.

Regresé a mi alcoba repitiéndome una y otra vez que todo saldría bien.

Era caminar y sentir el eco de cada paso a mis espaldas, le oía burlarse de mí e incluso llamarme estúpido. También las puertas eran cómplices de la broma, pues se fundían para tonarse en pequeñas manchas situadas en la pared, y por mucho que intentase atraparlas, más rápido se mezclaban y cuando paraba, ya no existían, porque lo que tenía delante de mí era otro cuarto.

Introduje la llave en la cerradura, que pareció resistirse más de lo habitual, pero ni siquiera hice caso de ese detalle, porque me quedé mirando delante del enorme espejo de mi pequeño recibidor.

Tenía los pelos desaliñados, el rubio de mi cabello se había convertido en moreno debido a la suciedad acumulada durante días. Me fijé en mis oscuros ojos, que ahora habían perdido toda luminosidad y en mis labios, que apenas surcaban una línea lo suficientemente visible.

Decidí ducharme, creí que era la mejor solución. Proseguí pues a quitarme la ropa, tenía calor y por si fuera poco, estaba sudando. Apestaba, olía fatal, me pregunté por qué no me habría lavado antes y entonces supe porqué.

No sabía muy bien qué ponerme. Abrí el armario en busca de alguna camisa o unos pantalones decentes, ya que estaban todos rotos y desgastados. Y de repente lo vi allí doblado cuidadosamente, ella me lo había preparado, tal vez porque debió de pensar lo mismo que yo, al fin de al cabo éramos la misma persona.

Me lo arrimé, pude sentir su fragancia a rosas, su imagen, su recuerdo. Levantándome cuidadosamente me lo probé. Era de mi talla, justo lo que andaba buscando para la ocasión y entonces me giré para poderme mirar en el espejo. Un azul intenso centelleaba de mi demacrado cuerpo. Cogí la negra corbata y me la puse como una vez me enseñó, quizás hace mucho tiempo, mi padre. No quería recordarlo, le culpaba por haber matado a mi madre, por suicidarse y haberme dejado abandonado. Pero eso era ya agua pasada, era una herida que lenta, pero atrocemente fue curándose con el paso del tiempo, aunque nunca desapareciera del todo, porque siempre me quedará una marca, una cicatriz que me recuerde aquel episodio cruel de mi vida.

Gema, susurré.

La música resonaba en toda la estancia, como martillos dentro de mi cabeza. Odiaba ese ruido, odiaba esa música, odiaba mi vida y al mundo e incluso a mí mismo. Me dirigí a Javier para darle mi bienvenida y retarle a un juego.

- Eh, Javi, ¿quieres ver quién es más hombre de los dos?
- Yo creo que está claro, ¿no chicos?- le preguntó a su repugnante grupo.
- Pues yo no lo veo tan claro.
- Ah no, ¿quieres probarlo?
- Sí- respondí con cierto sarcasmo- a ver lo que es capaz de hacer un cobarde como tú.

Entonces sentí su puño en mi cara, una y otra vez contra mi rostro, y patadas en mis costillas y el sabor de la sangre en mi boca. Aunque después de eso no volví a sentir nada, ni dolor, ni escozor.

CAPÍTULO 5

Un camino poco iluminado se abría ante mis ojos. Comencé a recorrerlo, palpando las rugosas, ásperas y húmedas paredes que se abrían hacía mí con cierto sarcasmo. Los pies me arrastraban, no tenía fuerzas, en el ambiente predominaba un hedor a muchedumbre.

Al final de él pude distinguir una puerta, corrí hacia ella, tal vez me condujera hasta Gema. Pero antes de llegar me encontré a un niño de unos ocho años. Tenía la cara iluminada por la alegría, jugaba y jugaba sin cesar con un viejo balón.

- ¿Qué haces aquí?

Me estudió detenidamente, no sabía muy bien si contestar o no y entonces me preguntó:

- ¿Y tú?

Esa era la clase de pregunta que jamás hubiera querido que me hicieran y, menos, un niño de ocho años. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué estoy en coma por amor? No, esa no era una contestación para él, así que decidí mentirle:

- No lo sé, he llegado aquí y me he encontrado contigo.
- En serio ¿crees que soy estúpido por ser pequeño? Por que seguro que estás aquí por amor, no tienes ni idea de la cantidad de gente que se mata por ello.- Ladeó la cabeza de un lado a otro, como si de un modo u otro se intentara quitar alguna imagen de su mente.

Me quedé sorprendido, la verdad es que no se me daba muy bien mentir, pero una cosa era eso y otra muy distinta es que supiera la razón.

- Así es, ¿cómo te has dado cuenta?
- Que parezca que tengo ocho años no quiere decir que lleve muerto ese tiempo. Porque en realidad hace doscientos años que estoy muerto.
- Realmente, ¿no tienes ni idea de dónde estás?
- No, lo siento, pero no.
- Bueno pues tendré que empezar desde el principio.- Suspiró. – Hola me llamo Pablo y voy a ser tu nuevo amigo.
- Hola, yo soy Álvaro. Encantado de conocerte.

Extendí la mano para darle la bienvenida, pero me observó interrogante con una mirada de reproche. Entonces bajé el brazo y con él la cabeza.

Empezó contándome historias y leyendas sobre Hassan, el guardián de los muertos y con él mitos y realidades. Me senté en una oscura esquina a escuchar detenidamente aquella maraña de leyendas, mientras Pablo interpretaba algún que otro papel, parecía

que le gustaba contarle y que disfrutaba diciendo cada frase, cada palabra de aquel sobrecogedor relato.

- Hace mucho tiempo vivía un hombre de gran estatura, ancho de hombros y pelo moreno, cuyos ojos expresaban tristeza y fidelidad. Solía pasearse por este oscuro y mal oliente pasillo, que por aquel entonces, era el camino a la felicidad. Aquella puerta, la que está situada justamente al fondo del enorme corredor,...
- Sí, ya sé cuál dices.
- era la puerta para pasar al mundo de los muertos, pero no al cielo, sino al infierno. Detrás de ella se encontraba el horror y la pesadilla para todos aquellos que se habían negado hacer el bien en vida y también para aquellos que se negaron a cruzar la luz blanca y quisieron permanecer en este pasillo. Aquel hombre se hacía llamar Henris y era el hermano mayor de Hassan. Henris heredó el trono al cumplir los diez años, nombrándose “Guardián de los Muertos”.

Todo el mundo incluso los más desafortunados le tenían un enorme aprecio, pues muchas veces Henris había sido castigado cruelmente por liberar del sufrimiento a aquellos que no se lo merecían. Él siempre era una persona que defendía sus ideas hasta la saciedad y decía que aquellas personas ya habían sufrido bastante, porque su vida ya había tocado a su fin.

Tanta envidia le tenía Hassan y era tanto el rencor que le guardaba que un día decidió matarlo de forma que pareciese que fue un suicidio, pero nadie, ni siquiera los jueces encargados de la justicia de los muertos, se lo creyeron. Y todo aquel que osó llamarle mentiroso y asesino fue encerrado eternamente en el infierno. Desde entonces nadie se atrevió a llevarle la contraria. Según dicen hace poco inventó un “agujero negro del sufrimiento”, del que jamás nadie ha logrado salir...

Pablo bajó el tono de voz, como si temiera ser oído.

- Cuentan que es como un laberinto que está formado por todos los recuerdos que en vida supusieron el sufrimiento. Que estás rodeado de imágenes crueles que intentaste olvidar hace mucho tiempo e incluso aquellas que no llegaron a ocurrir, pero que jamás quisiste que ocurrieran... Y ahora Hassan tiene atrapados a miles, millones de personas que, de lo único que fueron culpables fue de morir.

Una lágrima rodó por su mejilla y su voz se fue apagando hasta convertirse en un leve e inaudible murmullo. El balón se soltó de sus manos y fue botando hasta que la oscuridad se lo tragó por completo. Sentí los latidos de mi corazón salirse de mi pecho y el terror acomodado en cada rincón de mi cuerpo.

Agazapado sobre la esquina intenté preguntarle algo, mas mis palabras no salieron de mis labios. Ni un sonido, ni un gemido, tan sólo se oyó el tragar de la saliva y mi corazón pronunciar el nombre *Gema*.

- Y ahora- consiguió continuar Pablo- que sabes la historia, dime, amigo mío ¿en qué puedo ayudarte?

Tuve que sacar las fuerzas de donde no las tenía y armarme de valor para contestar a un niño de ocho años:

- Verás, como tú bien sabes yo estoy aquí por amor, vengo en busca de la persona que más he amado en mi vida, Gema.
- Gema, ¿qué Gema?
- Gema Meller.

Sus ojos se hundieron en lo más profundo de su ser. Su delicado cuerpo pareció volverse más frágil de lo que nunca antes había llegado a ser. Y fue ver su rostro y adivinar las imágenes y los pensamientos.

-¡No!- grité- ¡noooooooooooooooooooooo!- jamás permitiré que le ocurra eso.

Lloré y lloré desconsoladamente, ya nada me importaba en este mundo, ni vivir, ni morir.

-Por qué, por qué a mí.

Gritos llenos de sufrimiento surgieron de lo más oscuro de mi ser. Como un mejillón que cuando le tocas se cierra, me encerré en lo más profundo de mí, culpándome por haber sido el responsable de que todo esto sucediera. Nunca, jamás me lo perdonaría, me lo prometí a mí mismo.

Entonces noté leves palmaditas en mi espalda, pero ni siquiera reaccioné.

- Álvaro, todavía hay una forma de sacarla de ahí. ¡Oh! , venga tío reacciona.

Sus palabras estaban cargadas de valor, pues a él le costaba tanto como a mí pronunciarlas.

Y aun así fue capaz de sacarlas a la superficie y de darme ánimos para mantenerme a flote.

-¿Cómo?

Pregunté o, al menos eso intenté, porque las palabras nacían de mi interior sin vida.

- Sólo hay una forma y es muy arriesgada, además de disponer de poco tiempo ya que Hassan nos habrá escuchado y viene a por nosotros. Verás cuando Hassan nos lleve para castigarnos, a ti por saber el secreto de los muertos y a mí por haberlo contado y haberme escapado del “cielo” para estar en el pasillo, que como ya sabes está prohibido, pues aprovecharemos la ocasión para buscar a Gema, pero hay que saber enfrentarse a todo el sufrimiento, ya que cuanto más

te lo tomes en serio más difícil tienes el salir de ahí y por tanto más fácilmente entras en la locura. Yo me encargaré de buscarla y traértela, ya que cuento con una serie de ventajas, y tú me esperarás en el inicio del agujero negro sin moverte. Y sígueme siempre la corriente, de acuerd...

De repente una voz nos interrumpió y las pisadas que cada vez se acercaban más, cesaron, hasta detenerse delante de nosotros.

- Pero bueno, ¿qué tenemos aquí? Si es Pablo y su amiguito, o ¿me equivoco?
- No, respondió Pablo. Tal vez esta vez no te hayas confundido y, enhorabuena porque te llevas equivocando toda tu estúpida y repugnante vida.
- Pero ¿cómo te atreves a dirigirme la palabra así?, renacuajo.
- Yo te la dirijo como me da la gana ya que para mí no eres el Guardián de los Muertos, porque siempre lo será Henris y no tú, asesino.
- Llévadle al agujero, se lo ha ganado.

Entonces me interpuse y para que mis palabras brotaran de mis labios pensé en ella.

- Asesino- grité- me das asco- le escupí a la cara- ¡asesinooooooooo!

CAPÍTULO 6

Nos condujeron hasta un lúgubre cuarto, dónde se podía percibir el terror flotando en el ambiente.

-Lo lamentaréis haber dicho esto mocosos.

Y a continuación Hassan pronunció unas palabras mágicas, y en el fondo de la pared se abrió un agujero negro del que salían gritos de dolor. Miré hacia el interior de ese pozo y vi a mi padre matando a mi madre, le vi asesinándola a sangre fría.

Perdí la consciencia, me confundí en un mar lleno de negrura, no sería capaz de soportarlo ni un segundo más, ni siquiera eternamente.

Entonces oí sus gritos y la llamé pronunciando su nombre con más fuerza de la que nunca supe reunir.

- Ahora Álvaro, quédate aquí, yo iré a buscarla.

Me pregunté qué fue lo que estuvo viendo, porque sus ojos se apagaron silenciosamente, tal vez, si logremos sobrevivir, algún día me lo cuente.

Una imagen se posó delante mía y pude observar cómo perdía para siempre a Gema.

- ¡Nooooooo! , nunca, jamás.

Pero ya era demasiado tarde, pues me había pedido involuntariamente hacia dentro.

- Pablo, Gema, ¿me oís?

Nadie contestaba. Lo había echado todo a perder, cómo lo había hecho durante toda mi vida, no merecía haber nacido nunca, no, mientras hiciese daño a todas las personas que me han amado.

- ¡Pablooooo!

No se oyó nada, salvo los gritos de mi madre al ser asesinada.

- ¡Pablooooooooooooo!

Volví a llamarle, pero no ocurrió nada. Entonces apareció de entre las imágenes con un frágil cuerpo entre los brazos, un cuerpo que posaba inerte bajo cualquier mirada.

- Álvaro, podemos salvarla, estamos a tiempo, sólo tienes que cogerla y cruzar esas imágenes.

- ¿Pero cómo?

-

- Afrontándolas, desafíalas, actúa como si no te diesen miedo, ríete de ellas, burlate y no pienses en nada. Ánimo, tío tú puedes, hazlo por ella, hazlo por Gema.

Fue pronunciar esas palabras y llenarme de energía por ella, lo haría mil veces, por sólo volverla a ver sonreír. Me concentré, pero me detuve casi al instante.

- ¿Y tú? ¿No vienes?
- Yo ya os seguiré, no te preocupes y no te distraigas en ningún momento. Sé cuidarme solo, gracias.

Y aun así supo sacar una risa lo suficientemente grande para ser oída. Siempre le tendré respeto por saber demostrar todo su valor.

Cogí el frío cuerpo de Gema y lo acuné cuidadosamente entre mis brazos, cantándola mi nana favorita. Era tan difícil esquivarlas y estuve a punto de rendirme, cuando ella abrió sus ojos y me mostró toda la esperanza. No pude decepcionarla. Me armé de valor y me concentré en aquellas imágenes, intentaba burlarme y lo conseguí riéndome para mis adentros y repitiendo que no me daban miedo.

Y vi, a la lejanía como el agujero tocaba a su fin.

- Muy bien, lo estás haciendo muy bien. – Me susurró dándome ánimos
- Por ti haría lo que hiciese falta.- La contesté.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y fue aquello lo que me faltaba para poder salir de ese agujero, lo que más tarde me ayudó a enfrentarme con Hassan.

CAPÍTULO 7

Allí me esperaba Hassan con los brazos cruzados y mirada pensativa.

- Bueno, bueno, ¿qué es lo que tenemos aquí? Pero si es nuestro amigo Álvaro, qué alegría volverte a ver de nuevo.
- Tú no eres consciente de lo que hay ahí dentro ¿verdad?, a claro, pero si es que es estúpido ¿cómo se va a dar cuenta?
- ¿Por qué vienes con Gema? Eh, ella está castigada por haber roto el secreto y habértelo contado, y mira que se lo avisé, pero nada, la chica salió tonta.
- No insultes así a Gema o te las verás conmigo.
- Ja- ja- ja. ¿Y qué me va hacer una cosa tan insignificante como tú?

Le miré con todo el asco que tenía guardado y lo único que supo hacer fue sacudirse su roja túnica y tocarse su exuberante pelilla que le sobresalía de su vieja y arrugada cara.

Y yo ahí mirándole fijamente a los ojos, *demasiado alto*, pensé, *pero puedo con él, debe de tener unos cincuenta años o más*.

Sentía ganas de empujarle al agujero, que lo tenía tras de sí, pero no lo hice porque saldría perdiendo al estar los guardaespaldas allí. Entonces se me ocurrió una idea:

- Mira, ¿qué te parece si luchamos tú y yo juntos sin Gema ni esos?- Se lo pregunté señalando a aquellos hombres encapuchados.
- ¿Tú?, ja-ja- ja-ja, ¿y yo?
- Sí, exacto.
- De acuerdo, aunque te advierto, que me voy a aburrir.
- No te preocupes, no te dará tiempo.

Y en ese momento en cuanto ordenó que se retiraran sus guardaespaldas, le empujé. Caímos los dos al suelo, era demasiado fuerte, tanto que apenas logré arrimarme hacia el agujero negro.

Estuvimos forcejeando, mientras, sus risas me ponían más nervioso. De repente recibí un puñetazo en la cara y a continuación me encontré al borde del agujero negro. Quise tirarle y lo único que hice fue moverle apenas un milímetro. Sabía que él iba a vencer, que todo lo había perdido.

Y posteriormente, como si de la oscuridad hubiera emanado apareció Pablo, que, rápidamente, se echó encima de él y ambos rodaron hacia el agujero.

- ¡Cuidado!- grité.

Pero fue demasiado tarde, ambos cayeron al agujero negro y este se cerró definitivamente, dejándolos atrapados por siempre jamás.

- ¡Noooooooo! ¡Pablo!

Pero de nada sirvió, Pablo no volvería nunca a relatar aquellas historias convirtiéndose en cada uno de los personajes, ni a acabar el final de esa macabra leyenda, ni siquiera, a contarme qué fue lo que vio en sus imágenes. Porque él ya no estaba aquí, ni nunca más lo estaría.

Desde entonces prometí a Gema y a todos los niños muertos contarles esta historia y terminarla como él seguramente no lo hubiera hecho nunca, siendo el héroe, el que acabó con Hassan. Y describirles que era un buen amigo, un niño valiente y honrado, cuya sabiduría era infinita.

Y en aquel mismo momento Gema me señaló en busca de algún punto. Agudicé las vista y entonces, pude observar a todas las personas que pensé que nunca me amaron en vida y oír cómo lloraban sobre mi cuerpo ya inerte, posado con delicadeza sobre el ataúd.

Me giré rápidamente y miré a Gema, una lágrima asomaba de sus ojos.

- ¡Eh! no llores- la dije- soy feliz, estoy feliz.

La tenía para siempre, por fin estábamos juntos, éramos una misma persona e iba a saborear cada segundo, cada instante y cada fracción de nuestra eternidad. Porque ahora la tenía a mi lado y podía sentir su aroma, su risa, su felicidad , podía besarla, quererla y tocarla, como nunca antes había hecho en vida, porque lo tenía todo, todo, excepto la vida, que fue el único precio que tuve que pagar.